

EL TIEMPO VIVIDO

CÉDRIC GRAS



Los alpinistas de Stalin

CRÍTICA



CÉDRIC GRAS



Los alpinistas de Stalin

Traducción castellana de Palmira Freixas

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 2022

Los alpinistas de Stalin
Cédric Gras

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Alpinistes de Staline*

Obra publicada bajo la dirección de Benoît Heimermann.

© Éditions Stock, 2020.

© de la traducción, Palmira Freixas, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-398-8

Depósito legal: B. 3.893-2022

2022. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.



De origen burgués

Corre el año 1920. La guerra civil acaba de llegar a Siberia. La santa Rusia se desgarrá en las pálidas inmensidades. Los Blancos acorralan a los Rojos, los Rojos acometen a los Blancos y, desde hace poco, los bolcheviques se han proclamado dueños de Krasnoyarsk, una languideciente ciudad de madera a orillas del río Yeniséi, con los rótulos escritos en viejo eslavo, mujiks hirsutos y mercancías procedentes de China. En una casa señorial de la calle Lenin (¿o todavía es la calle de la Anunciación?), una familia poco convencional está sentada a la mesa cenando cuando llaman ruidosamente a la puerta. De hecho, la aporrean hasta que por fin abren, y entonces un soldado de la revolución se planta en el umbral, mostrando con arrogancia una orden de detención.

En el documento sellado por los nuevos amos del país aparece el nombre de Iván Abalákov, el propietario de la casa. Es un comerciante notorio, un enemigo declarado del pueblo. Su suerte está echada. Desde que estalló la Revolución de Octubre, ya se sabe cómo acaban esa clase de visitas vespertinas. Los secuaces de la burguesía son ejecutados sumariamente. De ahí que dos adolescentes se precipiten hacia la puerta para impedir que se lleven a su tío paterno Iván Abalákov, que los adoptó años atrás. Se llaman Vitali y Yevgueni, tienen trece y catorce años, respectivamente, son huérfanos y, mientras se desata el odio de clases acumulado bajo el yugo de los zares, nadie se imagina el heroico destino que les aguarda.

El guardia rojo decide llevarse a los sobrinos, además de al tío, por obstrucción a la justicia de los obreros y los campesinos, porque él, el plebeyo, ahora ostenta todos los derechos. Agarra a los retoños de esa familia recompuesta y

18 «capitalista». Sin duda alguna, aquella noche Vitali y Yevgueni se hicieron mayores de golpe y, en su tierno espíritu, los ideales comunistas no debieron de antojárseles demasiado gloriosos. La puerta se cierra tras ellos, ante las narices de su tía materna, que los ha criado, que no tiene hijos y que no se da por vencida. En lugar de echarse a llorar al pie de los iconos y las velas, alcanza al soldado por la calle, en plena noche. Le mete en el bolsillo del abrigo una botella de vodka y *zakuski*,* mientras el hombre finge contemplar las estrellas. A fin de cuentas, la revolución es humana. La mujer logra liberar a los dos hermanos, que vuelven a casa para rezar al unísono por la salvación de su tío, al que enseguida condenan a muerte. Milagrosamente, le conmutan la pena por trabajos forzados y, en diciembre de ese mismo año, incluso le conceden la amnistía. Los bolcheviques se han retractado: necesitan a gente instruida. Le asignan un puesto de contable en la fábrica y el antiguo notable se suma a las multitudes laboriosas, una vez desclasado, proletarizado, desaburguesado.

Esta escena la descubrí en un artículo publicado en la tardía fecha de 2018 en *El trabajador de Krasnoyarsk*, un periódico agónico que llevan unos cuantos jubilados que se lamentan por un mundo que se olvida del suyo. Allí, una anciana compartía un testimonio de segunda mano, que le había llegado a través de una amiga lejana cuya abuela había frecuentado a la tía de los Abalákov. Supongo que fui el único que devoró febrilmente aquella reminiscencia imperfecta, medio escondida en un periódico siberiano sin apenas lectores. Pero ¡qué alivio! Arrojó una nueva luz sobre una infancia que todas las fuentes soviéticas consideran políticamente compatible. La cuestión era no caer en las trampas. El discurso oficial finge que los héroes eran bolcheviques desde la cuna, pero, como buenos hijos de cosacos, los hermanos Abalákov se habían criado con amor al zar y al incienso de las iglesias ortodoxas. Había que empezar por ahí, pues.

* Entremeses varios, muy tradicionales en Rusia. (*N. de la t.*)

En efecto, las crónicas soviéticas eluden pudorosas esta clase de episodios, por incomodidad ante la extracción burguesa de sus protagonistas. «Eran tiempos difíciles», se escuchan, a causa de «las tropas de Kolchak».¹ En una crónica se cuenta que «los hermanos Abalákov tenían que trabajar en el pueblo, en la maderada y en casa», pero sin precisar la razón: tras la detención de su tío, le habían confiscado el molino de vapor y la tienda. La vivienda de madera, cuyo valor estimado era de 9.471 rublos, una fortuna en la época, acabó municipalizada. Se instaló allí una administración bolchevique y, a partir de entonces, se desconoce el domicilio de esos huérfanos que hasta ese momento habían sido verdaderos privilegiados.

Desde luego, fueron unos inicios complicados en una sociedad obsesionada por el origen social. Una infamia sobre la que la prensa de la URSS guardó un mutismo desesperante. Tampoco cabía esperar que los hermanos Abalákov hablaran de su infancia brutalmente pauperizada. De hecho, siempre aseguraron que procedían de una familia humilde. No tuvieron más remedio que ocultar su ascendencia «especuladora», que encubrir a su tío y su tía, así como a sus padres, a quienes apenas conocieron. Según ellos, su padre era cazador o leñador, pero, durante las purgas estalinistas, la investigación del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de la URSS, el terrible NKVD, revelaría justo lo contrario. Los Abalákov eran hijos de un próspero negociante, propietario de concesiones de oro en el bajo Yeniséi. Hoy se sabe que su apellido se remonta a un comerciante del tercer gremio que se dedicaba a la manufactura y las pieles. Su madre, que murió durante el parto de Yevgueni, venía de una familia de Irkutsk, los Glotovyx, armadores de barcos de vapor.

1. Oficial de la marina que dirigió la contrarrevolución encabezando las tropas fieles al zar.

El Fontainebleau de Siberia

Abalákov es un apellido con dos caras, un patronímico de dos héroes, de dos nombres: Vitali y Yevgueni, dos muchachos a quienes toda la URSS acabará conociendo como «los hermanos Abalákov», que conquistarán los mares de nubes. Llegará un día en que uno de ellos se dispondrá a ascender al Everest, mientras la viuda del otro llorará a su «conquistador de la subestratosfera». La prensa propagandística no podía explicar a los lectores soviéticos que aquellos hombres, al principio, habían odiado la Revolución de Octubre. Los iconos del comunismo debían ser proletarios en potencia. Así que, de su adolescencia, solo evocaba las escapadas a los legendarios Stolby.

En ruso, *stolby* significa algo así como «columnas» o «bloques». Allí, en las inmediaciones de Krasnoyarsk, se alza un archipiélago de peñascos de sienita. Como es un lugar ideal para escalar, los franceses acostumbra a llamarlo «el Fontainebleau de Siberia», pero debo decir que los Stolby superan de lejos los famosos bloques areniscos de las afueras de París. En los Stolby caminas entre escaladores aferrados a las paredes, entre tumbas vetustas y osos que se pasean gruñendo. Los jóvenes rusos acampan durante semanas al pie de las vías que repiten una y otra vez con la punta de los dedos. Todavía hoy, uno de los vertiginosos peñascos se conoce como «el Kommunar» y se accede a él a través de la «vía Abalákov». En los Stolby, la sombra tutelar de Vitali y de Yevgueni planea por todas partes.

En los Stolby se respira una atmósfera anticonformista, vagamente libertaria, comparable, tal vez, a la de Yosemite en sus orígenes. Un espíritu subversivo que se remonta a la época de los zares, cuando la escalada hacía sus pinitos junto

22 a la utopía. Por aquel entonces, la utopía de moda se llamaba «socialismo». Los deportados y los anarquistas se reunían bajo el amparo de la taiga y de las grutas. Según los autores soviéticos —que me he leído de pe a pa—, escribían en mayúsculas «¡Abajo el zarismo!» o incluso «El gobernador es un truhan» en lo alto de los peñascos. La policía se limitaba a amenazarlos con una pistola para que borrarán aquellos eslóganes que quedaban fuera del alcance de las autoridades. O abría fuego contra los emblemas carmesí que deslucían el paisaje inmaculado.

Desde luego, debieron de cargar las tintas para incardinar mejor el alpinismo en el mito soviético. El hecho de haber albergado a los primeros disidentes rojos confería a aquel paisaje mineral un carácter casi sagrado que engrandecía a los hermanos Abalákov. Dudo que Vitali y Yevgueni participaran en los debates sobre la lucha de clases. Quiero creer que, a su edad, exploraban otras vías ajenas a las de la dictadura del proletariado, agarrados a los peñascos. Como el único puente sobre el Yeniséi estaba reservado para el Transiberiano, tenían que cruzar el anchuroso río en una gabarra y, a continuación, recorrer unos veinte kilómetros a pie. Una vez en los Stolby, acampaban al aire libre al pie de los enormes árboles y de las paredes que iban a escalar, con una despreocupación que rozaba la inconsciencia.

De lo que no cabe duda alguna es de que su destino empieza allí, en ese caos de sienita que aclara el dosel forestal. Al menos este punto concuerda con el relato oficial. Los hermanos Abalákov crecieron abrazando la piedra, desafiando la gravedad, haciendo el pino al borde de un precipicio. Al parecer, a Yevgueni sus compañeros le habían puesto el mote de «Tamias». Los tamias de Siberia son una especie de ardillas a rayas endémicas. Yevgueni abría vías en lugares donde ninguna suela había rozado el liquen. Vitali lo seguía como buenamente podía, aunque era un año mayor. En las pocas fotografías que se conservan de aquella época, parece menos robusto y más flaco. Él mismo se describiría posteriormente como una persona casi enfermiza, que debía su salud a una voluntad de hierro que se volvería

legendaria. Su tía, que les hacía las veces de madre, le obligaba a beberse decocciones de plantas siberianas. Desde aquella época, el pequeño Yevgueni se llevaba todas las miradas. Era el segundo, el favorito, a todas luces, y hasta yo caí en esa trampa: para mi sorpresa, me di cuenta de que prefería a Yevgueni en detrimento de Vitali. Admiraba al Yevgueni artista, al escalador funambulista, al héroe sin tacha, mientras torcía el gesto ante Vitali el ingeniero, el mudo, el condenado a las puertas del gulag. Y eso que no soy demasiado sensible a las sonrisas masculinas. Yevgueni era conocido por la hermosura de su rostro y, durante toda su vida, su hermano mayor tuvo que acostumbrarse a ocupar un segundo plano a ojos de las chicas, de Stalin, del pueblo y hasta de la muerte.

Los constructores de un futuro radiante

Tras esa infancia de escalada e insurrección bolchevique, los hermanos Abalákov se trasladan a Moscú. Un viaje que todavía hoy dura cuatro días y cuatro noches en el Transiberiano: todas las llanuras, los Urales, de nuevo todas las llanuras y por fin la nueva capital de los sóviets. Vitali —que fabricaba esquís en su cuarto de Krasnoyarsk, convertido en taller— hace las maletas en 1925. Lo admiten en la facultad de mecánica del Instituto Mendeléyev. Al año siguiente le llega el turno a Yevgueni de colgar la bata de colegial; gracias a la elogiosa recomendación de un profesor de dibujo de la escuela número 3 de Krasnoyarsk, entra en el Instituto de Bellas Artes. Desde muy pequeño, dibuja la taiga nevada, naturalezas muertas y sorprendentes autorretratos bosquejados en sus cuadernos escolares, como un maestro ante el espejo.

En Moscú, nadie conoce a los dos estudiantes siberianos y todo apunta a que se inventan una nueva biografía por obra del anarquismo. Un pasado carente de antepasados burgueses y de parientes socialmente malditos. Su tío les había aconsejado con ahínco que se confundieran con las masas que impulsan el comunismo. En todas partes, los hermanos Abalákov se presentan como humildes hijos de cosacos, huérfanos desde hace tiempo. Nadie se fija en ellos. El poder de los sóviets parece destinado a perdurar, pero la nueva política económica de Lenin llega a su apogeo. Durante un tiempo, enriquece a algunos comerciantes, mientras la ciudad bulle al ritmo de los tranvías traqueteantes.

¡Qué embriagador debía de ser tener veinte años en un país que hace tabula rasa de un pasado atroz! Cuando los hermanos Abalákov se instalan en Moscú, las ilusiones de la Revolución de Octubre nublan la razón de la gente, que

26 alberga grandes esperanzas en el futuro. ¡Todo está por hacer, todo es una promesa! Me da la impresión de que Vitali y Yevgueni experimentan un verdadero vuelco interior. Repentinamente, se abren a esa revolución que ha desclasadado a su tío y ha nacionalizado sus bienes. Es verdad que su advenimiento resultó violento (¿cómo iba a ser, si no?), pero su causa es pura. En los pisos comunales se agolpa una juventud deseosa de forjar un futuro ejemplar. Vitali y Yevgueni también se entregan a la construcción de ese socialismo victorioso. Vitali, con su carácter concentrado y cartesiano, se vuelca en la causa del progreso. La URSS solo habla de un futuro material, de industria y de fábricas. Hacen falta obreros enérgicos y constructores visionarios...

Yevgueni, por su parte, abraza una sociedad despojada de cualquier atisbo de conservadurismo, que alardea de las vanguardias. El arte ya no debe ser patrimonio de la burguesía. La revolución cultural está en marcha. La fascinación que despierta llega hasta Occidente y hasta el día de hoy. Corren los años locos de los sóviets, por llamarlos de algún modo. Aunque esa efervescencia acaba decayendo. Cuando Yevgueni se traslada a Moscú, todo eso ya es pasado, Chagall ha emigrado y Malévich es blanco de las críticas. Lenin lleva dos años muerto y embalsamado. Ya se ha terminado el futurismo, el cubismo y los cuadros que no lo son. El realismo socialista prepara una emboscada. Yevgueni asiste al curso de Vera Mújina, la futura escultora de *El obrero y la koljosiana*, la icónica estatua del imaginario de Stalin. Todas las fuentes subrayan la trascendencia del encuentro precoz entre dos figuras capitales del panteón soviético. De hecho, he leído centenares de veces el elogio por parte de Vera Mújina de un Yevgueni Abalákov serio, concentrado, al que jamás tuvo que hacer la menor observación. Más tarde, repetiría la alabanza de su «talento» y su «gran modestia». Aunque, la verdad sea dicha, ¿acaso hubiera podido permitirse algún comentario descortés?

En la universidad, los hermanos Abalákov adquieren las certezas fundacionales de un nuevo orden. La revolución pretende forjar un ciudadano modélico, al igual que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Es el big bang de otro mun-

do, de un universo en expansión en nombre de la Internacional. Tal vez Vitali y Yevgueni no siguen las ideas marxistas al pie de la letra, pero la URSS —y no ya Rusia— se convierte en su país, porque esa es su época. Es preciso comprender que un lugar no significa nada sin una fecha, que la Eurasia de la década de 1920 es un continente que ya ha desaparecido. Que es el estandarte de una maravillosa utopía que los hermanos Abalákov se afanan por plantar en el pico de las montañas.

Recuerdo un pasaje extraordinario de *La vida de Arséniev* de Iván Bunin: una militante hermosísima, considerándose demasiado favorecida por la naturaleza, intenta mutilarse para alcanzar una mayor igualdad con sus semejantes. No existe ninguna alegoría tan cristalina de aquella revolución fanática y autodestructiva que, sin embargo, movió montañas. ¿Acaso podemos imaginárnoslo, habida cuenta de que, para nosotros, el socialismo es, ante todo, una manera de disculpar su nivel de vida, y que no renunciamos a nada, mientras nos lamentamos por la miseria?

No me cabe duda alguna de que, en la década de 1920, Vitali vive algo así como una emulación industriosa, al mismo tiempo que Yevgueni descubre la bohemia moscovita. Sin embargo, no dejan de ser cómplices, especialmente en sus escapadas. Y es que la capital en construcción y su horizonte urbano no colman sus anhelos. Sueñan despiertos con enfrentarse a las murallas de piedra del Cáucaso, lejos de la ciudad. En invierno, se entrenan en la Colina de Lenin, llamada hoy la Colina de los Gorriones, en cuya cima se encuentra la prestigiosa Universidad Lomonósov. Pero por aquel entonces no existían esos vertiginosos rascacielos, conocidos como «las siete hermanas de Stalin».

Todo estaba por construir.